

Daena

En vano, muchos intentaron expresar, con gozo,
lo gozoso. A mí se me revela aquí, al fin: aquí,
a través del dolor.

Hölderlin

El olvido ha conseguido filtrarse por alguna ren-
dija. Nada puede alejarlo. Quería decirlo todo.
Es imposible. La mayor parte de las cosas se es-
curren calladamente hacia la muerte.

Amos Oz

I

El nombre antiguo en que tu nombre oculto
de milenaria oscuridad me llena
y al borde de tres sílabas, Daena,
viviendo a tientas voy, muriendo a bulto.

¡Amordazado ayer en que resulto
sonámbulo y lacrado! ¡Y esta arena
desde el amanecer hasta la cena
en tu nombre enterrado e insepulto!

Ante mi corazón descolorido
tu nombre cae sin esperanza alguna
por la penuria de los terraplenes

y en la noche, adversaria del olvido,
el absorto espionaje de la luna
me ve deshilvanándome las sienas.

II

Tan asombrado de sí mismo como
lo está mi pena de su propio fuego
este adiós indeciso que te entrego
garras de águila tiene, alas de plomo:

quiere y no quiere transportar al lomo
la destrucción, y en su desasosiego
expele un odio parecido a un ruego
desde el que me empecino y me desplomo.

Yelo cobarde y desolada lumbre
mezclan en este adiós su pesadumbre
de sol ennegrecido y carbón blanco;

adiós es una rama seca y verde
que da su flor donde su flor se pierde:
como florece el grito en el barranco.

III

Un calendario y un reloj de arena.
Una hebra de fatiga en la memoria.
Un leve alivio y una terca noria
que ofrece pena, pero vierte pena.

Ahí está la maldad de esta cadena:
que no es perpetua, sino transitoria.
El dolor era monumento y gloria
y un infierno de pausas lo gangrena.

El pasmo de un amor que se termina
deja al menos señal de su ruina:
sufrir es la ganancia en lo perdido.

Pero cómo tragarnos esta afrenta,
este final innoble que nos tienta
con la copiosa mano del olvido!

IV

Para las hemorragias del olvido
tengo estas vendas de dolor amargo:
con mi dolor a mi memoria alargo
y así preservo cuanto ya he perdido.

Para mi corazón descolorido,
amenazado ya por el letargo
del largo adiós, aún guardo sin embargo
la furia de esta pena en que he caído.

De pausas y de arritmias y de arena
vierte Olvido su afrenta irreparable
sobre el errar de la memoria mustia;

contra ese mal es hospital mi pena
y es el aullido un yodo confortable,
gasa el dolor, reparación la angustia.

V

La noche, toda en forma de cadena,
trenza desde el reloj sus eslabones,
y una estrechez de horrendas proporciones
ahoga mi libertad y la envenena.

Libre tan solo de callar, estrena
mi corazón un orbe de prisiones
y, una tras otra, las claudicaciones
forman el edificio de mi pena.

El tictac sigiloso del fracaso
suena en la noche, insomne y errabundo,
a candil solo y acabada suerte

mientras voy recitando, a cada paso
con que me alejo no de ti, del mundo,
el código horroroso de la muerte.

VI

Como pus el insomnio se derrama
sobre mi piel, mis uñas y mi pelo
mientras escucho mi derrota y huelo
tu lenta ausencia que en silencio brama.

Escucho amanecer desde mi cama,
toda mi llama convertida en yelo
y, en la vergüenza y en el desconsuelo,
todo mi yelo convertido en llama.

Llameando en un fenómeno de escarcha
esta convulsa oscuridad se marcha
y me abandona en la mañana fría.

Roto, Daena, el misterioso hilo
¿con qué astucia pasar, con qué sigilo
a este desierto en que comienza el día?

VII

Siento envidia de un hombre que ha tenido
la fruta de tus muslos en su boca.
Hoy la ceniza al paladar sofoca
y es la lujuria un dolmen aterido.

No quisieron la muerte ni el olvido
que fracasara este fracaso. Hoy toca
soportar en el ánima esta roca
de lenta envidia por aquel que he sido.

Mientras mi piel conviértese en pellejo,
mi alma se acaba y mi vivir se cierra
sólo encuentro consuelo en esta envidia

de cuando eras mi oveja y yo tu ovejo,
de cuando era tu perro y tú mi perra,
de cuando era tu ofidio y tú mi ofidia.

VIII

Recuerdo una penumbra y una cama
ambas ardiendo de delicadeza.

Allí se desenropa tu belleza,
canta tu piel y tu lujuria brama.

Allí los cuerpos brillan en la llama
en la que todo es cierto y todo empieza.
Allí están tu cabeza y mi cabeza
rodando en donde todo se derrama.

En aquel cuarto me marchito y clamo.
Sin ti, sin mí, sin nada, allí me tienes
convertido en memoria y en despojos.

Allí en silencio y sin honor te llamo
con tu recuerdo escarcha de mis sienes,
con tu perfume yedra de mis ojos.

IX

Cuando te revolcabas por mis manos,
volcán de nata y huracán de brisa;
cuando tu carne mágica, insumisa,
transformaba mis cierzos en veranos;

cuando otorgabas a mis años canos
un oro nuevo y una nueva risa;
cuando éramos al centro de esa misa
menos que dioses, pero más que humanos;

cuando el prodigio de vivir, exacto
y misterioso me lo daba el tacto
y yo era, antes que yo, mi exactitud;

cuando un nacer sin fin eran mis días
¡quién iba a mí a decirme que serías
el epitafio de mi juventud!

X

Cuando un angel de fuego desescombe
la ruina que nos cubre y nos encierra
se verá un resplandor de cisne y perra
sobresaltando el corazón de un hombre.

Deja entre tanto que mi pena alfombre
con silencio a esta herida que se cierra
mientras no hallo lugar sobre la tierra
en donde pueda pronunciar tu nombre.

Por entre la memoria y el secreto
se va quedando inmensamente quieto
el terremoto aquel del nombre tuyo.

Quizá algún día el angel de la vida
se apiadará de esta pasión prohibida
y del silencio manará el orgullo.

XI

Hay un grito en el fondo del espejo
arrastrando recuerdos y eslabones,
y aquí, en la soledad, las emociones
forman un charco súbito y perplejo.

Cierro las lentas puertas y me dejo
vivir sin decisión ni condiciones,
y la nevada de mis reflexiones
me va dejando vagamente viejo.

Vuelvo al espejo: un grito lleva al hombro
el monumento de mi pesadumbre:
el amor no perdura ni perdona.

En voz muy baja y rota y vil te nombro
y mientras el espejo se ahoga en lumbre
noto cómo tiritita mi persona.

XII

Panes de punta y de altanero pico
donde pugna sagrada tu arrogancia,
tiempos redondos en primera instancia,
fortuna par en donde me hice rico;

palacio doble en que moré, acerico
de mi temblor y mi perseverancia,
torres de tu fantástica fragancia,
posadas de mis manos y mi hocico.

Nunca fue doble el universo, sino
cuando en aquel remanso del camino
tus pechos supe venerar a tragos.

Ahora caminarás como una diosa
doblemente empujando a esta furiosa
distancia en que comienzan mis estragos.

XIII

Un roce, un ruido sigiloso, acaso
te atraiga por la falda a la ventana;
mirarás pensativa a la mañana
que hierve entre la furia y el fracaso.

Caerá la tarde, sangrará el ocaso
y un roce extraño hará que tu desgana
se te vuelva acezante y oceana
mientras estalla en su rincón un vaso.

En la noche cerrada, al desnudarte,
un roce cruzará de parte a parte
tu habitación, tu colcha, tu cintura.

Y entonces, Daena, llorarás un poco
sabiendo que me estoy volviendo loco
y que te envió en secreto mi locura.

XIV

La furia degradada en la tristeza,
atónito el insomnio en donde yago,
disperso ya y remoto cuanto hago,
pues que en hastío méllase y tropieza;

pasmado al ver a tanta fortaleza
huesped del musgo y seña del estrago,
lento en la oscuridad en que me apago,
casi enterrada en canas mi cabeza;

la hortiga hurtando su dominio al sándalo,
los sueños convertidos en harina,
la boca transformándose en mordaza...

caigo en la cuenta de tan grave escándalo:
a todo lo consagra la ruina.
(...Y aun besa el viento la desierta plaza).

[1985]

Horacio Martín